

La Nación, el Segundo Imperio y la Tercera República. Pedagogía cultural y novela francesa en la Argentina (1901-1920)

Magdalena Cámpora

Centro de Estudios de Literatura Comparada "M.T. Maiorana", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

277

La Biblioteca de *La Nación* es una colección de literatura universal destinada a los nuevos públicos del libro nacidos de la inmigración, que se vendió masivamente y a bajo precio, entre 1901 y 1920, en la Argentina de la modernización. Casi la mitad de los 872 títulos del catálogo son traducciones de novelas escritas en francés. Elegidas desde el diario *La Nación*, uno de los centros simbólicos más representativos del proyecto liberal en la Argentina, estas novelas responden a una clara línea de producción cultural, que es la del Segundo Imperio y la Tercera República en Francia. Este artículo se propone estudiar las implicancias ideológicas de ese corpus a partir de sus tramas, de su capital simbólico de origen y de su tortuosa relación con la obra de Émile Zola, en el contexto de la política de los liberales reformistas frente a la "cuestión social".

PALABRAS CLAVE : MARCACIÓN EDITORIAL, NATURALISMO, NOVELA BURGUESA, TRADUCCIÓN, TRANSFERENCIA CULTURAL, ÉMILE ZOLA

POUR CITER CET ARTICLE / PARA CITAR ESTE ARTÍCULO / TO QUOTE THIS ARTICLE

Magdalena CÁMPORA, « *La Nación*, el Segundo Imperio y la Tercera República. Pedagogía cultural y novela francesa en la Argentina (1901-1920) », *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, 52 (1), 2022, pp. 277-299.

La Nación, le Second Empire et la Troisième République. Pédagogie culturelle et roman bourgeois en Argentine (1901-1920)

La « Biblioteca de *La Nación* » est une collection de littérature universelle bon marché destinée aux nouveaux publics du livre issus de l'immigration, qui s'est vendue massivement en Argentine entre 1901 et 1920. Presque la moitié des 872 titres du catalogue sont des traductions de romans écrits en français. La sélection de ces récits, qui appartiennent dans leur grande majorité à la production du Second Empire et de la Troisième République, a été faite dans un des centres symboliques du projet libéral, le journal *La Nación*. Cet article cherche à étudier, au temps des libéraux réformistes et de la « question sociale » en Argentine, les implications idéologiques de ce corpus à partir des arguments des romans, du rapport complexe qu'ils entretiennent avec l'œuvre de Zola, et de leur capital symbolique d'origine.

MOTS-CLÉS : MARQUAGE ÉDITORIAL, NATURALISME, ROMAN BOURGEOIS, TRADUCTION, TRANSFERT CULTUREL, ÉMILE ZOLA

278

La Nación, the Second Empire and the Third Republic. Cultural Pedagogy and Roman bourgeois in Argentina (1901-1920)

The “Biblioteca de *La Nación*” (1901-1920) is a collection of universal literature intended for new readership brought on by immigration, that was massively sold at a low price during Argentina's modernisation process. Almost half of the 872 titles of the catalogue are translations of novels written in French. Selected by the newspaper *La Nación*, a symbolic centre of liberalism in Argentina, these novels respond to a clear line of cultural production, which is the Second Empire and the Third Republic in France. This article intends to analyse the ideological implications of that corpus through the study of the plots; the symbolic capital those novels convey; the way they relate to Émile Zola's work.

KEYWORDS: EDITORIAL MARKING, NATURALISM, BOURGEOIS NOVEL, TRANSLATION, CULTURAL TRANSFERS, ÉMILE ZOLA

EN PLENO auge de modernización, cuando Buenos Aires se pensaba como modelo de «ciudad futura» y el Estado argentino le presentaba al mundo la propaganda de la tierra cosmopolita, se fundó en Buenos Aires la Biblioteca de *La Nación*, una colección de literatura universal «al alcance de todos»¹. Entre noviembre de 1901 y febrero de 1919 (con entregas esporádicas hasta 1920), los títulos se distribuyeron, cuatro veces por mes, junto al diario *La Nación*, a 40 centavos en rústica (el kilo de pan costaba 30), en un fuerte efecto de abaratamiento del libro, que hasta entonces rondaba los 6 pesos². Producidos en Buenos Aires, los ejemplares de la colección eran vendidos por suscripción en el interior del país: la colección tuvo una circulación federal, y al día de hoy se la encuentra entera en las bibliotecas municipales de las provincias. La tirada total varió, según los cálculos, entre dos y cinco millones de ejemplares³. El exitoso emprendimiento editorial complementaba el proyecto liberal-conservador del diario fundado en 1870 por Bartolomé Mitre, y se inscribía en el movimiento general de articulación entre prensa, literatura y nuevos públicos lectores que atravesó los procesos de modernización y apuntó, tanto en Europa como en América Latina, a la democratización de la letra.

Mucho y muy bien –los estudios de Leandro de Sagastizábal, Jorge Enrique Severino, Patricia Willson, Margarita Merbilhaá, Florencia R. Giavarini; el trabajo fundador de Jorge Rivera⁴– se ha escrito sobre la Biblioteca de *La Nación* (de ahora en más, BLN). Quisiéramos aquí estudiar un aspecto que no ha sido trabajado: el conjunto de títulos franceses que ocupan casi la mitad de la colección. El catálogo completo que hemos establecido cuenta con 872 títulos, de los cuales 412 son traducciones de novelas escritas en francés. Marca externa de la proverbial francofilia argentina, el corpus francés de la BLN es la punta de lanza de un modelo de lectura que remeda, con gracia y aparente liviandad, las prácticas y los gustos de las élites argentinas de fin de siglo. Son un lustre compartido, un gesto de benevolencia que se promueve como la puesta en común, hacia abajo, de aquellas «novelas que hayan ocupado un lugar de distinción en las bibliotecas del mundo»⁵ y que hasta entonces eran el privilegio de una clase.

¿Qué cuentan, miradas de cerca, esas novelas francesas? ¿Quiénes las escriben? ¿Cómo funcionan en relación a los otros grandes grupos nacionales traducidos en la colección: las novelas rusas, las novelas inglesas? ¿Y

¹ Agradezco a Norma Carricaburo y a Julio Schwartzman la fina discusión de este artículo.

² Los libros se ofrecían en rústica a 40 centavos y en edición entelada, de tapa dura, a 1 peso (COSTA, 2018, p. 208, n. 67 y R. GIAVARINI, 2018, pp. 49-58). Para un análisis material y visual de la colección, ver R. GIAVARINI 2018.

³ SEVERINO (1996, p. 61) habla de un millón y medio; R. GIAVARINI llega a 5 millones (2018, p. 104).

⁴ RIVERA, 1985; DE SAGASTIZÁBAL, 1995; SEVERINO, 1996; WILLSON, 2006, 2008; MERBILHAÁ, 2006, 2017; R. GIAVARINI, 2018.

⁵ *La Nación*, 7 de octubre 1901.

cuáles son las implicancias ideológicas de esos textos, elegidos en uno de los centros simbólicos más representativos del proyecto liberal? Pensamos que en el marco de la política de los liberales reformistas, en plena «cuestión social»⁶, el valor del francés, paulatinamente integrado al mercado masivo de bienes culturales, adquiere una escala que difiere del constante favor que gozaba desde la Independencia⁷. Porque funcionan, para los sectores medios, como garantes de prestigio, el francés y su literatura se prestan como anzuelos de venta. Al mismo tiempo, la elección de esas novelas para la BLN no es arbitraria, sino que responde a una clara línea de producción cultural e ideológica, que es la del Segundo Imperio y la Tercera República en Francia. «Viejo folletín de alcoba», «literatura francesa de segunda línea» llamó Jorge Rivera a las novelas francesas de *La Nación*⁸: sin duda lo eran, aunque no en sus presupuestos ideológicos ni en sus efectos políticos, que buscaban promover el apego al orden establecido. Sin embargo, esas novelas introducían (a pesar de quienes las impulsaban) ambigüedades en el orden moral porque convocaban poderosas fantasías de sexualidad y violencia para describir la caída y el derrumbe moral de los protagonistas. Por lo demás, quienes sostenían parte de la producción eran mujeres, «obreras de las letras», con pseudónimo masculino: *bas-bleus* que en sus escritos deslizan problemáticas contemporáneas (la primera de ellas: trabajar), que resonaban, tal como lo estudió Norma Carricaburo⁹, en sus lectoras y colegas americanas, en los tiempos del Primer Congreso Femenino en Buenos Aires (1910), cuando la BLN se anima incluso a editar el manifiesto *Feminismo* (vol. 404, 1910) de Paul y Victor Margueritte. En ese catálogo abreva *La Nación* –Emilio Mitre (director), Luis María Drago (administrador), en los hechos Roberto J. Payró (director de publicaciones)– para ofrecer productos culturales que intentan educar en cierto sentido las conciencias, y que a su vez prometen el acceso a los grandes textos universales. Así, entre la ley de Residencia y la década del Centenario, la pregunta es por las formas suaves del control que desde el francés y su literatura buscan impedir que el ocio se politice y amenace, como se dice en *Juan Moreira*, con su «propia tempestad».

«Cosas buenas, garantía de la casa»

La escena fundante de la Biblioteca de *La Nación* es un acto de beneficencia. El episodio, conocido, aparece en el anuncio del primer volumen de la biblioteca, el 4 de noviembre de 1901:

⁶ Remitimos a SURIANO 2000 y ZIMMERMANN 1995.

⁷ VÁZQUEZ, 2020, pp. 1-30.

⁸ RIVERA, 1985, p. 338.

⁹ Ver CARRICABURO, 2014.

La Biblioteca de «La Nación» tuvo, en efecto, su origen en algo bien contrario a toda idea de lucro. Con la adopción de las máquinas linotipo para la composición del diario, las cuatro quintas partes de nuestros tipógrafos, innecesarios ya, hubieran quedado sin trabajo. No podíamos abandonar a estos viejos compañeros de tareas, algunos de los cuales nos acompañan desde hace muy largos años, y a darles empleo, aparte del bien que para los demás debía resultar necesariamente de ello, obedeció la creación la Biblioteca¹⁰.

Tres días más tarde, con la primera edición ya agotada, otro suelto celebra el modo en que «*La Nación* realiza un acto de educación popular» al «favorecer la cultura intelectual del país»:

Queremos hacer constar el deseo de nuestro pueblo de instruirse en la buena lectura, adquiriéndola tan pronto como la encuentra a precios que estén a su alcance. [...] El público quiere leer pero quiere leer cosas buenas, y la garantía de la “casa” le ha bastado para precipitarse sobre el libro¹¹.

281

Tal como lo han estudiado Adolfo Prieto y Oscar Terán, hacia el 900 la inquietud es grande en las élites letradas y las clases gobernantes ante la multiplicación de impresos con héroes criollos que desobedecen, desde Juan Moreira en adelante y hacia atrás el primer Fierro. 48.000 ejemplares había vendido *El gaucho Martín Fierro* en 1878¹²; la primera parte del poema de José Hernández, de 1872, se cerraba con «el gaucho inasimilable» –tal como lo llamó Julio Schwartzman¹³– que se refugiaba en los toldos, «tierra adentro». Prieto analizó el desarrollo de políticas culturales destinadas a contener el avance de la literatura popular en la inmigración y los hijos de la inmigración¹⁴: no fue un dato menor de ese programa la participación de emprendimientos editoriales que buscaban distraer, orientar, disciplinar. Andrea Pagni dedicó en este sentido ricas páginas a la Biblioteca Popular de Buenos Aires (1878-1883) de Miguel Navarro Viola, proyecto emblemático de dirigismo lector provocado por la aparición de ese «nuevo espacio de

¹⁰ *La Nación*, 1 de noviembre de 1901, p. 5. El primer volumen, titulado *Tres novelas picarescas*, contenía el *Lazarillo de Tormes*, *Rinconete* y *Cortadillo* y *La historia y vida del gran tacaño*.

¹¹ «La Biblioteca de “La Nación” Colosal éxito de librería. La edición agotada», *La Nación*, 7 de noviembre, p. 5.

¹² EUJANIAN, 1999, p. 548.

¹³ SCHVARTZMAN, 2013, pp. 437-478.

¹⁴ Prieto echa luz sobre un «verdadero programa de política cultural destinado a contener el avance de la literatura popular de signo criollista. [...] La formulación de ese programa coincide, si es que no es su resultado, con la profunda alteración de las pautas de convivencia social sufridas en este período» (1988, p. 14). Para un análisis de la impronta nacionalizadora posterior al Centenario en los proyectos editoriales de literatura argentina de Ricardo Rojas (La Biblioteca Argentina, 1915-1928) y de José Ingenieros (La cultura argentina, 1915-1925), ver el trabajo de Fernando DEGIOVANNI, 2007.

lectura no controlado por la elite, sino por las leyes del mercado»¹⁵. El proyecto justamente fracasa, como lo analizó Pagni, por la falta de empatía con la demanda, por la censura moralizante de los textos y la imposición «para el pueblo» de un gusto pensado desde la élite¹⁶.

Unos veinte años más tarde, ese equilibrio entre pedagogía y demanda del mercado se logra con la Biblioteca de *La Nación*. Patricia Willson, en diálogo con los trabajos de Oscar Terán, situó el proyecto dentro del dispositivo nacionalizador de principios de siglo. La colección representa en este sentido la fórmula exitosa –por ventas, distribución, continuidad– que no había logrado la Biblioteca Popular de Buenos Aires, su antecedente más cercano en vocación pedagógica y traductora¹⁷. La BLN en efecto retoma los rasgos disciplinadores de ese proyecto, que Willson releva y analiza en la defensa purista del castellano, en los prólogos explicativos, en las biografías de autor modélicas, en el «por momentos desahogado ímpetu pedagógico de los paratextos»¹⁸. Toda la operación apunta a la sustitución de lecturas: ofrecer otros títulos, «cosas buenas» ausentes de la llanura asolada por Moreira y compañía, que la traducción de literatura universal podía asegurar. Abiertamente lo reconoce y celebra *La Nación* al reproducir los elogios de los colegas de la *Tribuna*, que explicitan la disputa:

Huyendo de esos libros vulgares, que por lo mismo que circulan mucho en el público grueso, retardan y obstaculizan la cultura del país, el distinguido colega ofrece a sus alumnos tres preciosas novelas, de lo más bello que ha producido la literatura clásica española. [...] Abrigamos la esperanza de ver desalojados por los libros de *La Nación* a todos estos manuales del compadraje, que editores sin escrúpulos han conseguido difundir en cierto público a merced del bajo precio de sus ediciones.¹⁹

En el tránsito del «público grueso» a los «alumnos» se instalan las bases para una pedagogía cultural que busca ordenar «la intelectualidad en formación de un pueblo casi aldeano que encontraba en la lectura la manera perfecta de escaparle al tedio»²⁰, como escribirá luego, sin demasiados matices, Jorge Enrique Severino en «Los anaqueles del pueblo: la Biblioteca de *La Nación*». El proyecto participaba en sus presupuestos de los esquemas liberales de pedagogía cultural del siglo XIX: era un anhelo del «viejo Mitre»,

¹⁵ PAGNI, 2013, p. 56. Para un análisis textual de las operaciones de corrección, adaptación ideológica y pedagógica y censura de los textos traducidos en la Biblioteca Popular de Buenos Aires, ver PAGNI, 2011.

¹⁶ PASTORMERLO, 2006 [2014], pp. 12-16; PAGNI, 2011.

¹⁷ TERÁN, 2000.

¹⁸ WILLSON, 2007, p. 21. Para un análisis riguroso del funcionamiento de los paratextos y de la pertenencia de clase de algunos de los traductores de la BLN, ver WILLSON, 2006 y 2008.

¹⁹ «La Biblioteca de “La Nación” Colosal éxito de librería. La edición agotada», *La Nación*, 7 de noviembre, p. 5.

²⁰ SEVERINO 1996, p. 58.

recuerda Severino, «para mitigar el infortunio de los excluidos: crear una Biblioteca que llevara a todos los hogares las obras maestras de la literatura universal»²¹. Tal era más o menos el objetivo consignado en el diario en 1901, cuando anuncia la edición masiva de novelas: «*La Nación*, que se precia de ser uno de los más sinceros elementos de difusión intelectual de la República, ha resuelto la publicación de una biblioteca literaria popular, a semejanza de las que con tanto éxito se editan en Europa y en Norte América»²². Ese afán pedagógico, de iniciativa privada, tuvo sin embargo en la práctica limitaciones que resultaban de los criterios reales de selección de las obras: el entretenimiento, el interés comercial y el funcionamiento histórico del folletín como aliciente para la compra del diario. «Una alianza entre el periodismo y el libro»²³ (escribía Emilio Mitre en el diario fundado por su padre), que Margarita Merbilhaá analiza como una de las circunstancias estructurales del desarrollo de la colección²⁴.

Le roman bourgeois en Buenos Aires

Pedagogía y entretenimiento: es aquí donde el valor del francés y su literatura juegan un rol central y ambiguo. A diferencia de los textos de literatura inglesa, que en general se presentan como novelas de aventuras, historias de guerra o libros de misterio, o incluso de la literatura rusa, que navega el tópico de la interrogación metafísica, la mayoría de las novelas francesas de la Biblioteca de *La Nación* aparecen como novelas de costumbres²⁵, en línea con su procedencia editorial y genérica directa, el *roman de mœurs* tan popular en Francia a mediados del XIX y producido a escalas industriales en el Segundo Imperio y la Tercera República. A partir de 1880, más de cincuenta editores «hacen novela» en París y unos 800 títulos salen por año, en libro o como folletín en la prensa²⁶. Educar al nuevo pueblo argentino con las «obras maestras de la literatura universal» y entretenerlo con lo nuevo no son la misma cosa, y sobre todo no implica los mismos libros, aun cuando se aleguen los borrosos términos de «literatura universal» y de «obra maestra». En lo que a franceses refiere, por un Fénelon o una Madame de Lafayette, la Biblioteca propone docenas de novelas firmadas por nombres ya olvidados:

²¹ *Ibid.*, p. 60.

²² *La Nación*, 5 de octubre 1901.

²³ *La Nación*, 7 de octubre 1901.

²⁴ MERBILHAÁ, 2006, pp. 35-38, analiza la operación comercial entre folletín, prensa y novela que sigue los modelos de prensa gráfica provenientes de Europa y Estado Unidos. Ver también RIVERA, 1985, y DE SAGASTIZÁBAL, 1995.

²⁵ Incluso los policiales o novelas de misterio (Gaboriau, Leblanc o Leroux, que también se publican en BLN) están arraigados en la convención costumbrista por la importancia que se le da a la vida parisina y sus códigos.

²⁶ ANGENOT, 1983, p. 326, habla incluso de «larga y grave crisis de sobreproducción».

About, Cadol, Conscience, Teuillet, Ohnet, Robert, Guérault, Lesueur, Alanic, Maquet, Soulié, y un largo etcétera. Por lo demás, aquellos autores que hoy consideramos canónicos o clásicos no necesariamente lo eran entonces: Théophile Gautier comparte edición con la olvidada narradora inglesa Ouida o con Hugo Conway²⁷; Balzac es el cronista del corazón de las mujeres y *Eugenia Grandet*, *Ursula Mirouet* y *Beatriz* se presentan al lado de *Teresina*²⁸, *Julia de Tréceur*²⁹ y *La señorita de Serzac*³⁰, del mismo modo en que *Un corazón sencillo* de Flaubert (con el primero de ellos se anuncian los *Tres cuentos*) late junto a *El corazón de Luisa*³¹, *Un corazón de mujer*³² y un *Corazón de soldado*³³. En rigor los reconocidos eran los otros, los olvidados de hoy, partícipes del fasto imperial: miembros de la Académie française, escritores en boga en la corte y los salones del poder, funcionarios con cargos en bibliotecas oficiales y en museos que, incluso tras la caída de Napoléon III, seguirán ocupando espacios de poder institucional.

284

Pero una lectura cuantitativa o distante lleva a constatar que la BLN sobre todo publicó autores menores: de la nómina de 125 escritores de lengua francesa, sólo unos veinte brillan en el firmamento de las historias literarias³⁴. Y de esas 412 novelas traducidas del francés, apenas una décima parte se estudia, se reedita, se retraduce; las restantes irán a dar con sus huesos a lo que Moretti denominó el matadero de la literatura: hoy esas novelas boyan, sin edición ni contexto, en PDF en la red como insumos gratuitos para las bibliotecas virtuales de dispositivos digitales. Pero en las primeras décadas del siglo xx, todos estos títulos eran grandes obras en la BLN debido, principalmente, al prestigio del francés en la Argentina. Más aun, ese corpus abre la colección a públicos cultos que *La Nación* no hubiera nunca incluido entre los sediciosos lectores del manual de compadraje. A diferencia de las novelas semanales, cuyo funcionamiento estudiaron Margarita Pierini y Beatriz Sarlo, estos textos en efecto aspiran a un status literario de prestigio, que apela a la novedad o al campo semántico del «clásico», tal como se presentan los libros de la colección en las publicidades del diario³⁵. Esa pretensión

²⁷ Teófilo GAUTIER, *Espirita / Ouida* (pseud. Marie Louise Ramé), *Muflu*, vol. 98, 1903.

²⁸ Albert DELPIT, vol. 357, 1909.

²⁹ Octave FEUILLET, vol. 509, 1912.

³⁰ Jean DE LA BRÈTE (pseudónimo de Alice CHERBONNEL), vol. 131, 1904.

³¹ Henry GREVILLE (pseudónimo de Alice DURAND), vol. 35, 1902.

³² Paul BOURGET, vol. 302, 1907.

³³ Marc MARIO (pseudónimo de Maurice JOGAND), vol. 439, 1911.

³⁴ Por orden de aparición en la colección: Maeterlinck (1 título), Hugo (5 títulos), Gautier (4 títulos), Balzac (6 títulos), Musset (1 título), Staël (2 títulos), Sand (7 títulos), Michelet (1 título), Lamartine (4 títulos), Flaubert (1 título), Lesage (1 título), Fénelon (1 título), Mérimée (2 títulos), Nodier (3 títulos), Maupassant (1 título), Vigny (1 título), Marivaux (1 título), Villiers de L'isle-Adam (1 título), Chateaubriand (1 título), Bernardin de Saint-Pierre (1 título), Mme de Lafayette (1 título).

³⁵ «una romería [...] en busca del libro, que sin embargo, no ofrecía una novedad, sino simplemente, tres grandes obras clásicas». *La Nación*, 7 de noviembre, p. 5.

de clásico se apoya materialmente en la condición de libro: no fascículo, no cuaderno o folletín³⁶. Prueba tangible de ese lectorado ampliado, entre muchas otras posibles, son los ejemplares de la BLN que se conservan en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno y que llevan finos exlibris en la portada y la página de guarda de contratapa: nuevos lectores y lectoras –letrados, capas medias– interesados por la novedad ofrecida, muy lejos de «los excluidos», a quienes supuestamente se destinaban los textos que hasta entonces leían las clases altas³⁷. Sobre esta última idea, concebida en 1901 desde *La Nación*, insistirán años más tarde Jorge Enrique Severino (1989) y Nicolás Cócara (1995) en sendos artículos de homenaje a la Biblioteca: «La noticia [de la aparición de la BLN] publicada en *La Nación*, hoja de intereses generales, se comentaba en el Jockey Club, de Florida, y en el Club del Progreso», si bien los socios «estaban en condiciones de elevarse hasta los mejores libros, incluso en sus lenguas originales»; «lo mismo que leía el Buenos Aires ilustrado –en francés y otras lenguas– se ponía en manos de quienes soñaban con ilustrarse [...] el grupo selecto y el pueblo accedían a los mismos tomos».

285

¿Y qué contaban, en su variante francesa, los mejores libros que leía el Buenos Aires ilustrado?

Philippe de Boisvilliers es un joven noble nacido en un viejo castillo de Normandía. Amenazados la propiedad y el linaje por la falta de dinero, su padre y sus tíos quieren casarlo con su prima Jeanne, para unir el capital. No es ése el sueño de Philippe, que despunta el vicio de la literatura, sube a París, fracasa con una obra de teatro llamada *Fredegunda*, se corrompe con una actriz, va a la guerra, se corrompe con una marquesa («era como estar en el fondo de una jungla virgen con la pata de una pantera sobre el pecho»), vuelve a Normandía, descubre las bonanzas de la tradición y la castidad, se casa con la prima. La novela de Octave Feuillet se llama *Les amours de Philippe*, *La Nación* corrige el peligroso plural y propone *La juventud de Felipe* (vol. 482, 1909).

Roger Laroque es ingeniero, empresario, marido y padre ejemplar: comete una única falta con una mujer, también casada, «de padre español y madre árabe, que llevaba muy marcado el sello de ambas razas». Carcomido por la culpa, pelea en la guerra franco-prusiana, donde salva en Sedan al marido engañado (al que le mutilan –símbolo– ambas piernas). Un traidor a la patria que Laroque denunció durante la guerra, con la complicidad de la adúltera abandonada, urde su venganza y entrampa al ingeniero en un crimen que no cometió. La máquina judicial lo quiebra. *Roger-la-Honte*, saga de Jules Mary,

³⁶ SARLO, 1985; PIERINI, 2004 y 2006.

³⁷ Me señala Julio Schwartzman las menciones que Mansilla hace de Octave Feuillet en «El famoso fusilamiento del caballo» y en la carta prólogo al volumen III de *Entre-Nos*, donde Luis Varela establece, con Mansilla, complicidad en la lectura de *Monsieur de Camors* de Feuillet, que leerían en francés, aunque no necesariamente. La BLN publica la novela de Feuillet en 1906: *El Conde Luis de Camors* (vol. 238).

ofrece un segundo tomo donde se narra, a lo Monte-Cristo, la venganza de Roger Laroque y el restablecimiento de su buen nombre y de sus empresas. Jules Mary, que en su infancia fue amigo de Rimbaud y junto a él soñaba con descubrir las fuentes del Nilo,³⁸ vivirá hasta los setenta años: fue uno de los folletinistas más exitosos de la Tercera República; *Roger-la-Honte* o 'Roger-la-vergüenza', que *La Nación* publica en 1902 (vols. 36 y 37), es su más célebre creación.

Sibila devuelve a la religión al hombre que ama, aunque muere en el intento. Es la *Historia de Sibila*, otra novela de Octave Feuillet, alias «el Musset de las familias»: la Biblioteca la publica en 1906 (vol. 229).

En *La sœur de lait* de André Theuriet (vol. 332, 1908), la joven Vitalina es seducida por Savinien de Louëssaert, otrora su hermano de leche, hoy quebrado por el cinismo y la disolución parisinos. Vitalina carga con un niño como prueba de su falta; arrepentido, el joven disoluto se casa con ella. *La Nación* reemplazará el demasiado específico título «La hermana de leche» por el de *Vitalina*.

Dosia (1876) recrea un mundo ya perdido para 1919, cuando la BLN publica en su entrega 861 esta novela rusa de uniformes blancos y familia imperial, regatas en «Petersburgo», pistas de patinaje, samovares, abrigos de marta cibelina y astracán. *Dosia*, indómita niña a quien su madre dejó crecer sin educación «sistemática», es reeducada por una princesa, amiga de la familia, y desposa al hermano de su mentora. El caso es particularmente interesante, porque propone una ficción de imperio en el mismo momento en que las publicaciones anarquistas y socialistas promueven en Buenos Aires el ideario bolchevique. La autora es Henry Greville (pseudónimo de Alice Durand), ganadora en varias ocasiones del Premio Montyon a la virtud, sobre el que volveremos.

Podría incluso ensayarse un guion a partir de algunos títulos: *La novela de un joven pobre* (vol. 33, 1902), *Incertidumbre* (vol. 50, 1902), *La culpa ajena* (vol. 134, 1904), *Noble castigo* (vol. 146, 1904), *El suplicio de un padre* (vol. 154, 1905), *Declaraciones mudas* (vol. 248, 1906), *El calvario de una mujer* (vol. 325, 1908), *Una herencia* (vol. 467, 1911), *El demonio del juego* (vol. 496, 1912), *El maestro de escuela* (vol. 506, 1912), *Sin Dote* (vol. 701, 1916), *Paternidad* (vol. 515, 1912), *Historia de un aldeano* (vol. 648, 1915), *La niña robada* (vol. 825, 1919).

Y así. Personajes estoicos y criminales honestos, mujeres virtuosas, enamoradas penitentes moldean lo que Baudelaire llamó en «Les drames et les romans honnêtes» (1851) la poesía del corazón, y un poco más duramente, en ese mismo texto, «las caricias serviles concedidas a las pasiones de los esclavos furiosos». Esa es, sin dudas, una lectura posible del fondo argumental de gran parte de las novelas francesas de la BLN, presentadas por el diario como

³⁸ Ver Jean-Jacques LEFRÈRE, 2001, pp. 58-64 y pp. 484-486.

obras serias, *romans de mœurs* de alcance universal. ¿Y qué más tienen en común esos textos, fuera de haber sido igualmente insultados por Flaubert en su correspondencia? Estos libros participan de un programa: celebran el honor, la religión y la paz conyugal, fundamentos de la familia y de la prosperidad. Su marca es la idealización; su convención tácita, el pudor y el decoro: por eso «*mœurs*» se entiende en su sentido etimológico de costumbre, tradición, garantía de *statu quo* (tal el irónico subtítulo de *Madame Bovary*, «*mœurs de Province*»). Son «novelas de difusión burguesa», como las define Marc Angenot³⁹, producidas para compensar el peso de los *romans* llamados *populaires*⁴⁰, que aparecen de forma sistemática en fascículos y folletines, e involucran temáticas políticas (por ejemplo la Comuna) o eróticas (hijos del amor, adulterios sin castigo).

En rigor, la problemática argentina del criollismo y su ansiada cura mediante «libros buenos» poco difiere del fenómeno de la novela popular en Europa y de la amenaza de envenenamiento de las masas por la mala ficción: en esto, la respuesta de *La Nación* sigue un método probado, y acude específicamente a la novela burguesa para rectificar la posible mala educación. Novelas de tesis, textos que reciben premios literarios de virtud, relatos de conversión en tiempos de convulsión histórica son, desde un principio, algunas de las constantes del catálogo. Se publica en particular a «los tres B»: René Bazin, Paul Bourget, Henry Bordeaux, interlocutores del otro gran B (que en *La Nación* no aparece), Maurice Barrès. Estos autores ansiados saben modular las marcas formales de la novela de tesis, que estudió Susan Suleiman: redundancia del mensaje que se quiere transmitir; presencia implícita de reglas de acción que el lector puede hacer suyas; univocidad de la interpretación puesto que «el relato en la novela de tesis es esencialmente teleológico: está determinado por una finalidad preexistente, que lo supera»⁴¹.

Otro criterio de selección implícito que va en ese mismo sentido, y es rastreable en el catálogo, es el *imprimatur* que otorgan instancias institucionales como el Prix Montyon. Fundado en 1780 por el filantrópico barón que le dio su nombre, el premio buscaba distinguir aquellas obras literarias que celebraran la virtud «porque entre el hombre virtuoso y el hombre de genio la simpatía es constante»⁴². La Academia francesa, junto a otras instituciones, elegía a los laureados según dos categorías: el premio de virtud, que recompensaba el acto meritorio de un individuo con medallas, dinero, un elogio retórico del acto; y un premio para la obra literaria que resultara «de mayor utilidad para las costumbres» («*mœurs*»). El individuo virtuoso debía ser de origen humilde, y podía entonces erigirse en modelo heroico para el pueblo;

³⁹ ANGENOT, 1983, p. 327.

⁴⁰ Ver los trabajos de Michel NATHAN, 1990.

⁴¹ SULEIMAN, 2018, pp. 63-70 y pp. 180-205.

⁴² Las palabras son de Charles de Lacretelle, director de la Académie, en un panegírico a Montyon, citado en MARCOIN, 1996, p. 65.

la novela «útil para las costumbres» debía de proponer lógicas consensuales y desenlaces que favorecieran la vida comunitaria. Un pasatiempopreciado por los escritores del XIX fue burlarse del Montyon. Balzac, sin embargo, aspiró al premio con *Le médecin de campagne* y naturalmente no lo ganó; Flaubert hizo de esa corona el patrón de medida de la *blague*: ganar el premio y hundirse en el opróbio, como el laureado Octave Feuillet, autor de *La juventud de Felipe* que antes mencionábamos, y cuya lectura Flaubert recomienda a por lo menos cinco de sus corresponsales para poder luego «lanzar rugidos juntos»⁴³. La Biblioteca de *La Nación* publica múltiples títulos de casi treinta autores y autoras galardonados con el Montyon durante el Segundo Imperio y la Tercera República: Élie Berthet, Daniel Lesueur (pseudónimo de Jeanne Loiseau), Jean de La Brète (pseudónimo de Alice Cherbonnel), Léon de Tinseau, André Theuriet, Albert Delpit, Guy Chantepleure (pseudónimo de Jeanne-Caroline Violet), Mme Lescot, Pierre de Coulevain (pseudónimo de Jeanne Laperche), Mathilde Alanic, Henri Ardel (pseudónimo de Berthe Abraham), Henry Gréville (pseudónimo de Alice Durand), son algunos de los olvidados nombres que cobran el premio y venden sus textos a los diarios y editores más exitosos de la época. Charpentier, Dentu, Ollendorff publican a bajo precio estas obras de «costumbres contemporáneas» que *La Nación* presenta como lo mejor de la producción universal.

Más profundamente, acorde a la época que Bourdieu (1992) llamó «fase heroica de la conquista de autonomía», la novela sigue siendo juzgada según su grado de moralidad. Así lo manifiesta Paul Féval, célebre creador del *Bossu*, que, en 1868, junto a otros letrados, informa al Ministerio de la Instrucción Pública sobre el «Progreso de las Letras» en el género novela. Allí define a la novela como «moral en acto» que «prueba [algo] mientras narra»; el informe contiene los nombres de casi todos los escritores que unos años más tarde publicará la BLN. Ya de forma explícita la Biblioteca también ofrece, en los tiempos del aluvión migratorio en la Argentina, pocos años después de la crisis política y económica de 1890 que muchos leyeron como el signo de una declinación moral⁴⁴, ficciones apologéticas donde la religión y la fe ordenan el cambio histórico y ofrecen narrativas para entenderlo, sea en Jerusalén, en la Roma «decadente» –o en la Buenos Aires de las leyes laicas. *Matilde o las Cruzadas* (1907, vol. 270- 1) de Madame Cottin (autora de una apología inconclusa, *La religión comprobada por el sentimiento*) dialoga con *Fabiola o la iglesia de las Catacumbas* del Cardenal Wiseman, con las novelas de Sienkiewicz (1904, vol. 121 a 124) y con *Ben-Hur* (1910, vol. 405-6). Ni un

⁴³ Por caso: a Caroline Commanville (carta del 6 de septiembre de 1877); a Ivan Tourgueneff (carta del 17 septiembre de 1877); a Émile Zola (carta del 5 de octubre de 1877): «Je vous recommande *Les Amours de Philippe* par Octave Feuillet. C'est au-dessous du Néant ! Mais c'est bien grand monde ! tonnerre de Dieu ! est-ce bête ! & faux ! & usé !» [«Le recomiendo *Les Amours de Philippe* de Octave Feuillet. ¡Está por debajo de la Nada! ¡Pero es tan gran mundo! ¡Maldita sea! ¡No puede ser más tonto! ¡Falso! ¡Manoseado!»]

⁴⁴ Ver ZIMMERMANN, 1995, pp. 68-78.

rastro de otras novelas del giro espiritualista francés del fin de siglo –las de Huysmans, Barbey d'Aureville, Léon Bloy– irreductibles al sentido único de la novela de tesis. De manera general, el catálogo es elocuente en sus omisiones: del siglo XVIII, Voltaire y Rousseau se encuentran previsiblemente ausentes y con ellos Eloísa, Zadig o Cándido; *Pablo y Virginia* y *La vida de Mariana* entran por su lustre virtuoso; Lesage y su *Gil Blas* como picaresca y aventura. Flaubert sólo aparece con los *Tres cuentos*, pero enmarcado por un largo prólogo de Bourget y bajo el engañoso título de *Un corazón sencillo*; ausentes Peladan, Rachilde, Huysmans, y muy especialmente Émile Zola.

Pierde Zola

La BLN no sólo buscó conjurar el fantasma del folletín criollista, sino también el del naturalismo, «arte enfermizo y caduco que de un golpe lanza a la arena a M. Zola, verdadera calamidad literaria de nuestro tiempo»⁴⁵ (sentenció famosamente García Mérou en 1880). En 1901, cuando en Francia no quedan ni rescoldos de polémica y el propio Zola se vuelca hacia el periodismo, cuando en la Argentina la controversia naturalista ya ha sido saldada y se han declarado naturalistas los principales novelistas del 80, la BLN borra por completo a Zola de su catálogo, en un movimiento de continuación de la temprana polémica porteña, allá por 1879. Una polémica que, como señaló Alejandra Laera⁴⁶, tuvo la particularidad de discutir en Buenos Aires al naturalismo como escuela a partir de traducciones, aun antes incluso de que existiera una sola novela naturalista argentina. La secuencia es un efecto de la familiaridad con las novelas extranjeras, que el público local practica desde la colonia⁴⁷. En 1880, en simultáneo al escándalo que provoca en París, *Nana* circula en Buenos Aires como ya lo había hecho un año antes *La taberna*⁴⁸ [*L'Assommoir*]. En mayo de 1880 Luis Tamini alude en las páginas de *La Nación* a la juventud porteña que «ha devorado a *Nana*. En estos momentos andan febrilmente por sus manos 1.500 ejemplares»⁴⁹. Un mes antes, con el único fin de publicar el texto (cuyas entregas *La Nación* había discontinuado

289

⁴⁵ *Anuario bibliográfico de la República Argentina*, 1879, p. 209.

⁴⁶ LAERA, 2004, pp. 157-162.

⁴⁷ Ver BATTICUORE, 2017 y VÁZQUEZ, 2020.

⁴⁸ Para el relevo de traducciones de Zola entre España y América latina en el entresiglo, ver el riguroso trabajo de Sabine SCHLICKERS, 2003, pp. 58-59. La polémica porteña en torno a *Nana* corre simultánea a la polémica que la novela despierta en Francia cuando es publicada en folletín en *Le Voltaire*, antes incluso de la puesta en libro, en febrero de 1880, por Charpentier. Un panorama comprensivo de la polémica en torno a Zola en la Argentina puede seguirse en las compilaciones de FRUGONI, 1966, y de ESPÓSITO *et alii*, 2011, y en los análisis de PAGES LARRAYA, 1994; GNUTZMANN, 1998, pp. 58-79; SALTO, 2006, pp. 129-149; LAERA, 2004, pp. 155-197; ESPÓSITO, 2009.

⁴⁹ *La Nación*, 13 de mayo de 1880 (recogido en ESPÓSITO, 2011, p. 37). Ver PAGES LARRAYA, 1994, pp. 81-96 y LAERA, 2000, pp. 139-146.

«por falta de espacio») se funda un diario que sólo dura ese abril y responde al sugerente nombre de *Nana*. *Diario racionalista y noticioso para hombres solos*. Rápidamente, a partir de las novelas de Zola y de la poética naturalista, se objeta la novela romántica local al asociarla con la novela idealista que Zola rechaza, y se discuten en los medios los problemas de mimesis, moralidad y buen gusto de la novela naturalista argentina por venir.

Parte de esa primera polémica tenía que ver con el objeto representado (el famoso «olor a pueblo» que evocó Benigno Lugones⁵⁰) y luego con la capacidad de perversión, seducción, imitación que esas novelas «pornográficas» podían despertar en los incautos lectores y lectoras: un argumento tópico en la crítica a la ficción novelesca desde el siglo XVIII, amplificado en sus efectos argentinos por la llegada continua de inmigrantes al país y por la multiplicación de lectores surgidos de las recientes campañas de alfabetización. A la inicial pregunta por la formación extranjera de los dirigentes, que David Viñas⁵¹ cristalizó en el motivo del viaje a Europa, sigue ahora, en 1901, la pregunta por la formación extranjera de los dirigidos. ¿Qué novelas dar a leer? ¿O más bien: qué perspectivas del mundo deben mostrarse a los nuevos lectores argentinos en este fin de siglo? En el momento en que las élites letradas ya han hecho del naturalismo un medio para la emergencia de la novela finisecular y en que los escritores en vías de profesionalización toman a Zola como modelo⁵², los libros que se ponen «al alcance de todos» –tal como rezaban las publicidades de época de la BLN– precisamente excluyen aquellos que «el Buenos Aires ilustrado» lee por entregas en la propia *Nación*. Los proyectos editoriales concurrentes a la BLN –las editoriales populares Tor, Claridad– inundarán a partir de 1920 las librerías de Buenos Aires con novelas de Zola (y de Anatole France), sin dudas buscando reparar esa exclusión. Mientras tanto, no hay en la BLN noticias de Zola; tampoco de France, Cambaceres o Pardo Bazán, salvo las que llevan subtítulos del tipo *Historia amorosa* (1903, vol. 63).

Si los libros de la colección excluyen a Zola, quienes piensan sus contenidos lo conocen muy bien. Un caso ejemplar, irónicamente elocuente, es el de Roberto Payró, el director de publicaciones de la Biblioteca, que analizó y tradujo a Zola (para *La Nación*, el ciclo de *Las tres ciudades*, en 1896 y 1897⁵³); dictó conferencias sobre Zola (en 1902, en el Centro Socialista de Estudios, donde ensalza la precisión de su método, el compromiso de su escritura, el valor social de su obra⁵⁴) y fue descripto por Darío en 1896, en las páginas

⁵⁰ ESPÓSITO, 2011, p. 20.

⁵¹ VIÑAS, 1964, pp. 3-80.

⁵² Ver ROGERS, 2010.

⁵³ Para un relevo de Zola en folletín en *La Nación*, ver SEVERINO, 1996, n. 16, p. 81 y p. 82, n. 29.

⁵⁴ PAYRÓ, 1902.

de *la Nación*, «como un Zola argentino en formación»⁵⁵. Payró fue el primer director de la BLN, entre 1901 y 1907. Si uno se guía por la selección del catálogo y por su éxito con los nuevos lectores, a los que supo hablarles, Payró, editor, resume en su figura las circunstancias que permitieron la modernización del campo literario en el cambio de siglo: un editor que tiene el *flair* del mercado; un editor en quien duerme el «mito residual del letrado decimonónico, guía espiritual superior en cuestiones públicas» (la descripción es de Sergio Pastormerlo⁵⁶); un editor que pacta con las tendencias reformistas del roquismo. Joaquín V. González, ministro de los sucesivos gobiernos liberales de principio de siglo, principal interlocutor con el mundo de la educación y la cultura, había en efecto convocado a intelectuales para «elaborar soluciones técnicas –sociológicas, jurídicas, pedagógicas– para la crisis del Estado oligárquico»⁵⁷. Miguel Dalmaroni leyó en la propia obra literaria de Payró las marcas de ese pacto⁵⁸. Su trabajo como editor en la BLN confirma la hipótesis de la alianza ideológica entre sociedad civil y estado liberal por medio de la empresa cultural privada. Si bien Payró se retira de la dirección de la Biblioteca de *La Nación* cuando parte a Europa en 1907, la línea editorial queda más o menos fijada, y los autores elegidos en los primeros años reaparecerán en los años posteriores.

Ya de manera general, en el diario que pronto va a promover la colección de 900 novelas sin Zola, el nombre de Zola es recurrente y su figura de autor sirve casi como un tópico para discutir el lugar del escritor en la sociedad. Ante su inesperada muerte, en 1902, los telegramas enviados por el corresponsal del diario en París –posiblemente Darío⁵⁹– narran el monumental entierro del gran hombre:

Del extranjero se recibieron también algunas coronas. Entre los centenares de las que adornan la capilla ardiente, donde se halla expuesto el cadáver del célebre novelista, se destaca una muy grande y hermosa enviada en nombre de LA NACIÓN de Buenos Aires por su corresponsal en ésta⁶⁰.

⁵⁵ En “Introducción a *Nosotros* por Roberto J. Payró” (1896), citado por ROGERS, 2010, p. 182.

⁵⁶ PASTORMERLO, 2009, p. 7.

⁵⁷ DALMARONI, 1997, p. 204. Ver también ZIMMERMANN, 1995, pp. 68-100, para un estudio de la participación de los intelectuales en las reformas institucionales del Estado en la primera década del siglo XX.

⁵⁸ Ver DALMARONI, 2006.

⁵⁹ Hay momentos en que Darío comparte la corresponsalía en París con Ugarte o con García Ladevese, entre otros. Debemos el dato a Rodrigo Caresani, así como la copia de la crónica de las exequias de Zola publicada por Darío en *La Nación* el 13 de noviembre de 1902, «El ejemplo de Zola (Especial para LA NACIÓN)».

⁶⁰ *La Nación*, 5 de octubre 1902.

El 13 de noviembre, Darío publica una nota sobre las exequias de Zola, «Hércules del pensamiento, artesano del deber». Allí también alude a las cuantiosas sumas que *La Nación* pagaba por los derechos de publicación de sus obras⁶¹. Un año antes, en 1901, *La Nación* perseguía por piratería a la editorial Maucci, en Barcelona, por la publicación de *Lourdes*, cuyos derechos exclusivos había comprado⁶². Estos registros materiales son indicativos de una legitimidad adquirida por Zola y de un capital simbólico ya asentado, que permite leer en las contradicciones de su recepción un proyecto intencional de pedagogía cultural y de atribución de lecturas. Si Darío, en 1902, describe a Zola como «poeta homérico de la sociedad futura, servidor de la verdad, profeta de los proletarios» y a Payró –decíamos– como el «Zola argentino», ese mismo Payró, un año antes, excluía del catálogo de la Biblioteca todo vestigio de los Rougon-Macquart, en un claro episodio de división y asignación premeditada de los textos.

292

La frecuentación de Zola, su productividad como categoría de pensamiento para las élites nacionales se había iniciado a fines de los años 1870. Parte del interés resultaba, como ha sido ampliamente señalado por la crítica⁶³, de la correlación entre los temas y contextos del naturalismo francés –leyes laicas, higienismo, científicismo, prensa– y los procesos de modernización en la Argentina de la inmigración. Pero a diferencia de la prédica zoliana, que deseaba que «grandes y pequeños se muevan libremente, trabajando en la investigación común»⁶⁴, y de la práctica zoliana, que aspiraba a vender cantidades ingentes de libros a nuevos grupos de lectores, el aparato naturalista en la novela argentina finisecular fue el instrumento de diagnóstico de una enfermedad cuya cura implicaba la exclusión del principio nocivo, que era el inmigrante. Singular operación según la cual los seguidores argentinos se apropian del método naturalista pero le niegan al naturalismo el público que ese método postula: como si al cruzar el ecuador los polos se hubieran invertido, y lo que en Francia se erigía en baluarte emancipatorio era ahora el instrumento de una selección biopolítica. La crítica concuerda en que más allá de las peticiones de principio respecto de los eventuales usos comunitarios de esas novelas en la nueva Argentina («llevar la propaganda de ideas fundamentales al corazón del pueblo»⁶⁵, escribe por ejemplo Juan Argerich en el prólogo de *Inocentes o culpables. Novela naturalista*), el método experimental, transformado en instrumento narrativo de exclusión, de sátira o de nostalgia por la gran aldea previa al desembarco, refleja ahora los malestares y los miedos de una clase.

⁶¹ ZOLA, 1902, p. 8.

⁶² QUESADA, 1904, pp. 358-9.

⁶³ Ver LAERA, 2004 y SALTO, 2006.

⁶⁴ ZOLA, 1880a, p. 43.

⁶⁵ ARGERICH, 1884, p. I.

Sin embargo, quizá resulte menos interesante la alquimia que hace del naturalismo vernáculo un instrumento para la exclusión (en contra de su supuesto originario objetivo progresista), que el tratamiento local de las formas narrativas que vienen de Francia, usadas por lo que son: instrumentos, procedimientos, al margen o en contra de los usos ideológicos que su creador y principal apólogo define en *Le roman expérimental* y en otros textos satelitales. En este sentido, la fascinación eurocéntrica de los escritores del ochenta y la seguridad de dialogar entre pares (con lo que viene de Francia) los llevan a usar la forma, los procedimientos del naturalismo como instrumento para otro fin, estético y político: asegurar, como definió Ludmer, el proceso de constitución de la alta cultura en la Argentina, que a su vez participa activamente del operativo de producción de «los discursos que el estado liberal necesita para organizar las relaciones de poder»⁶⁶.

A principios del siglo xx, el catálogo francés de la BLN ratifica esas relaciones de poder al asignar determinados textos a determinados lectores. Porque marca las novelas que se pueden (o no) leer, el catálogo de la BLN en 1901, 1910, 1919 es una caja de resonancias de la disputa de fin de siglo sobre el naturalismo y la apropiación de sus textos por una clase. Un eco y el signo de un triunfo, que no fue el de Zola, ya que los libros y los autores que la Biblioteca de *La Nación* publica son, precisamente, la «blague» [*broma, estafa*] que Zola vomita por mentirosa:

Voici le tas énorme des romans prétendus honnêtes : tirades sentimentales, plaidoyers sociaux, peintures du beau monde, quintessence de la mode et du bon ton, raffinement sur la religion aimable, mœurs étrangères où passent des Italiennes couleur clair de lune et des Russes blanches comme neige, toutes les niaiseries des têtes vides, tous les mensonges dont se bercent les cerveaux oisifs et détraqués, toutes les débauches tolérées de l'imagination⁶⁷.

El «tas enorme des romans prétendus honnêtes» remite a un corpus preciso, contemporáneo, de textos exitosos producidos por el Segundo Imperio y sus camarillas de escritores, cuya traza venimos siguiendo en el catálogo de *La Nación*. Para Zola, en 1880, es urgente reaccionar ante esta situación de la literatura contemporánea, que hace de la mentira un método. En términos conceptuales, la discusión se da desde dos términos recurrentes: *realidad* y *verdad*; o qué grado de crudeza es necesario para extraer del mundo aquello que la literatura del xix, de Balzac en adelante, designa por «verdad». Esa «verdad» es, en la poética de Zola, el horizonte de la novela y el resguardo de la virtud y la moral reales, opuestas a la mentira que el orden político quiere vender y del que derivan representaciones sublimadas, «ideales» del mundo,

⁶⁶ LUDMER, 1995, p. 69.

⁶⁷ ZOLA, 1880b, p. 415.

que anestesian el tejido social. En contra de esa ensoñación se construye la prédica naturalista. Tal como se lo presenta en *Le roman expérimental* (1881), el naturalismo vendría a traer con su ficción «generalizaciones fecundas y luminosas sobre los fenómenos vitales»⁶⁸ que son diagnósticos para que la sociedad, en todos sus estamentos, opere sobre ellos. La pretensión científica, totalizadora, involucra a todas las clases sociales y por ende sirve a cualquier lector: mujer, varón, pobre, rico, joven o viejo, potenciales lectores (y compradores) del libro naturalista de tapa amarilla que publica Charpentier. En este sentido el determinismo no es un fatalismo, sino un modo de instruir lectores al poner ante sus ojos los condicionamientos de los fenómenos vitales y sociales que los mueven:

Voyez les héroïnes de nos drames et de nos romans : il n'en est pas une de vivante parmi elles. [...] Ce ne sont qu'abnégations sublimes, qu'ignorances ridicules, que bêtises emphatiques et volontaires. Notre jeune fille française, dont l'instruction et l'éducation sont déplorables, et qui flotte de l'ange à la bête, est un produit direct de cette littérature imbécile. [...] Eh instruisez nos filles, faites-les pour nous et pour la vie qu'elles doivent mener, mettez-les le plus tôt possible dans les réalités de l'existence ; ce sera faire de l'excellente besogne. Or, il en est de même pour tous les personnages sympathiques ; toujours ils mentent⁶⁹.

294

Todo el esquema tiende a la democratización de la novela naturalista, a su rol mayéutico pensado como una forma de «alta moralidad práctica»⁷⁰. La creencia en la capacidad del lector de asir esa moralidad varía según los escritos de Zola. A veces son «los hombres de aplicación quienes deben dirigir los fenómenos»⁷¹ que el novelista describe; a veces son los propios lectores los responsables de extraer «de las obras de verdad» «una lección certera y aprovechable»⁷².

En todo caso, más allá del voluntarismo de los textos doctrinarios, el naturalismo zoliano no reserva sus novelas para evaluación y uso de la clase dirigente porque, entre otros motivos, quiere vender. Tal como lo describió Colette Becker, Zola es “un escritor-empresario” para quien el escritor es «un comerciante, como el resto»⁷³ que busca –y logra– vender libros al mayor número de lectores. En sus cuatro años (1862-1866) a cargo del recién

⁶⁸ ZOLA, 1880a, p. 25.

⁶⁹ ZOLA, 1880b, p. 414.

⁷⁰ ZOLA, 1880b, p. 407. También puede identificarse en el discurso crítico zoliano una fantasía de control: «ser amos del bien y del mal, regular la vida, regular la sociedad, resolver a la larga todos los problemas del socialismo, y antes que nada, dar bases sólidas a la justicia. [...] ¿No seremos así los obreros más útiles y más morales del trabajo humano?» (1880a, pp. 24-25)..

⁷¹ ZOLA, 1880a, p. 29.

⁷² ZOLA, 1880b, p. 418.

⁷³ «L'Argent dans la littérature» (1880), citado por BECKER, 2007, p. 825.

fundado sector de publicidad en la Librairie Hachette, señala Becker, Zola comprueba la potencia del periodismo, de la publicidad y de las redes de influencia: «Necesito a la multitud, voy hacia ella como puedo, busco todas las maneras de domarla. En este momento sobre todo necesito dos cosas: publicidad y dinero»⁷⁴.

Se trata, en definitiva, por motivos tanto económicos como ideológicos, de inundar el mercado con la escuela naturalista para contrarrestar los efectos de esas otras novelas que, según Zola, fomentan el vicio que pretenden erradicar:

Si l'on pouvait ouvrir le crâne d'un homme nourri de ces romans et de ces drames menteurs, où ne retentissent que des mots sonores, et qui sont le contraire de notre existence quotidienne, on en constaterait le vide, le vague et l'obscur. De pareilles lectures et de pareils spectacles encouragent les débauches solitaires [...] chez une femme qui prend un amant, il y a toujours au fond la lecture d'un roman idéaliste, que ce soit *Indiana* ou le *Roman d'un jeune homme pauvre*⁷⁵.

295

Indiana de Sand es el volumen 757 (1917) de la BLN; *La novela de un joven pobre*, de Feuillet, lleva el número 33 (1902). De este modo la BLN niega a Zola de múltiples formas en su catálogo: ignora sus novelas; publica aquellas que Zola designa como el mal. Este proceso intencional de separación de corpus muestra el ejercicio de control ideológico: en este aspecto la polémica de 1880 continúa por traducciones interpósitas y la política editorial del catálogo reduplica el gesto conductista, excluyente de los escritores del ochenta. Pero si su naturalismo se presentaba, como señaló Graciela Salto, como un medio para «aportar estrategias de diagnóstico y saneamiento del cuerpo moral y nacional considerado enfermo»⁷⁶, las novelas de BLN piensan ese saneamiento desde la negación o el escamoteo de esos supuestos males: para hilar la metáfora médica, ofreciendo sedativos.

En esta tesitura surge con fuerza la hipótesis gramsciana de la visión libresca de la vida, el deseo de incentivar una «degeneración libresca de la vida»⁷⁷. Persiste, sin embargo, un excedente, que no puede ser reconducido hacia la dirección pedagógica, y que probablemente esté en el origen del éxito de la colección. Susan Suleiman llamó ese excedente las «fallas» o la «revancha» de la escritura⁷⁸. Pues muy a pesar de quienes las impulsaban –tal como marcábamos al inicio de este trabajo y seguiremos estudiando en otro– esas novelas abren grietas, nuevas formas de sensibilidad surgidas de la descripción de la catástrofe moral (violenta, sensualista, iluminada por los caireles

⁷⁴ Carta a Antony Valabrègue (4 de abril 1867), citado por BECKER, 2007, p. 827.

⁷⁵ ZOLA, 1880b, p. 416.

⁷⁶ SALTO, 2006, p. 132.

⁷⁷ GRAMSCI, 1931, p. 241.

⁷⁸ SULEIMAN, 2018, pp. 205-237.

del lujo de París) que arrastra a los personajes, y de la autoconciencia irónica que los propios autores a veces inscriben en sus obras. A esto debe sumarse la presencia en el catálogo de novelas –por ejemplo las de Balzac– donde queda poco espacio para la lectura unívoca de las motivaciones de los actos: rige en ellas un orden melodramático que no anula nunca el interés por el dinero, «lazo de todos los lazos», «fuerza galvano-química de la sociedad» como lo llamó Marx⁷⁹. Otro aspecto de esta ambivalencia es el rol que las escritoras y letradas ocupan en las novelas francesas de la BLN: un rol a la vez productivo y silenciado, que se advierte en el *nom de plume* masculino o en la tarea invisibilizada de las traductoras. Todas estas líneas, sobre las que seguimos trabajando, vienen a desrealizar el proyecto disciplinador de las novelas elegidas. Digamos simplemente, para cerrar esta primera lectura, que según la indudable ironía de las dinámicas del impreso público la Biblioteca de *La Nación* no cumple con la tarea democratizadora de la cultura, y cumple con ella.

296

BIBLIOGRAFÍA

- ANGENOT, Marc (1983), «Des Romans pour les femmes : un secteur du discours social en 1889», *Études littéraires*, 16 (3), pp. 317-350.
- ARGERICH, Juan (1884), *Inocentes o culpables. Novela naturalista*, Buenos Aires, Imprenta del Courrier de la Plata.
- BATTICUORE, Graciela (2017), *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand.
- BAUDELAIRE, Charles (1851), «Les drames et les romans honnêtes», *La Semaine théâtrale* (27 de noviembre), en *Œuvres Complètes II*, ed. Claude Pichois, 1976, pp. 41-42.
- BECKER, Colette (2007), «Zola, écrivain homme d'affaires», *Revue d'histoire littéraire de la France*, 107 (4), pp. 825-833.
- BOURDIEU, Pierre (1992), *Les règles de l'art*, Paris, Seuil.
- CARRICABURO, Norma (2014), «Las mujeres ya saben leer. La novela sentimental francesa en las primeras obras de César Duáyen», *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 79, 329-330, pp. 25-53.
- COSTA, María Eugenia (2018), «Los talleres multigráficos de Guillermo Kraft y Jacobo Peuser en los inicios de la industria editorial argentina», en Ares, Fabio Eduardo (comp.), *En torno a la Imprenta de Buenos Aires (1780-1940)*, La Plata, Dirección General Patrimonio, Museos y Casco Histórico, pp. 179-226.
- DALMARONI, Miguel (1997), «Payró: los triunfos del escritor victimizado», *Celehis*, 6 (9), pp. 193-208.

⁷⁹ MARX, 1844, pp. 181-182.

- DALMARONI, Miguel (2006), «“La providencia de los literatos”: escritores argentinos y Estado durante la modernización (1888-1917)», *Iberoamericana*, 21, pp. 7-24.
- DE DIEGO, José Luis (Dir.) (2014), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Buenos Aires, FCE.
- DE SAGASTIZÁBAL, Leandro (1995), *La edición de libros en la Argentina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1995.
- ESPÓSITO, Fabio (2009), *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- ESPÓSITO, Fabio; GARCÍA ORSI, Ana; SCHINCA, Germán; SESNICH, Laura (eds.) (2011), *El naturalismo en la prensa porteña. Reseñas y polémicas sobre la formación de la novela nacional (1880-1892)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=libros&d=Jpm24> [consultado 13 de junio 2020]
- EJUNIAN, Alejandro (1999), «La cultura: publico, autores y editores», en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, t. 4, pp. 545-605.
- DEGIOVANNI, Fernando (2007), *Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- FRUGONI DE FRITZSCHE, Teresita (1966), *El naturalismo en Buenos Aires*, Buenos Aires, FFyL.
- GARCÍA MÉROU, Martín (1879), «Carlos Guido y Spano. Ráfagas» [reseña], *Anuario bibliográfico de la república argentina*, http://www.cervantes-virtual.com/obra-visor/anuario-bibliografico-de-la-republica-argentina--1/html/02a111bc-82b2-11df-acc7-002185ce6064_7.html#I_16_ [consultado 1 de julio 2020]
- GNUTZMANN, Rita (1998), *La novela naturalista en Argentina (1880-1900)*, Amsterdam, Rodopi, pp. 58-79.
- GRAMSCI, Antonio (1984), *Cuadernos de la cárcel [1930-1932]*, Ed. de Valentino Gerratana, Trad. de Ana María Palos, México, Era, t. 3.
- LEFRÈRE, Jean-Jacques (2001), *Arthur Rimbaud*, Paris, Fayard.
- LAERA, Alejandra (2000), «Sin “olor a pueblo”: la polémica sobre el naturalismo en la literatura argentina», *Revista Iberoamericana*, 66 (190), pp. 139-146.
- LAERA, Alejandra (2004), *El tiempo vacío de la ficción: las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, FCE.
- LUDMER, Josefina, (1995) «1880: los sujetos del estado liberal», en Juan Orbe (comp.). *La situación autobiográfica*, Buenos Aires, Corregidor, 1995, pp. 69-76.
- MARCOIN, Francis (1996), «L'effet Montyon», *Romantisme*, 93, pp. 65-82.
- MARX, Karl (1844), *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, ed. de Miguel Vedda, Buenos Aires, Colihue.

- MERBILHAÁ, Margarita (2006), «1900-1919. La organización del espacio editorial», en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en la Argentina, (1880-2000)*, Buenos Aires, FCE, 2006, pp. 31-62.
- MERBILHAÁ, Margarita (2017), «Semblanza de Biblioteca de *La Nación* (1901-1920)», *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes - Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI)*, <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc99089>
- NATHAN, Michel (1990), *Splendeurs et misères du roman populaire*, Lyon, Presses universitaires de Lyon.
- PAGÉS LARRAYA, Antonio (1994), *Nace la novela argentina (1880-1900)*, Buenos Aires, AAL.
- PAGNI, Andrea (2011), «La importación de literatura alemana en la Argentina hacia 1880: Alejandro Korn en La Biblioteca Popular de Buenos Aires», en Andrea Pagni, Gertrudis Payàs y Patricia Willson (coords.), *Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina*, México, Universidad Autónoma de México, pp. 13-30.
- PAGNI, Andrea (2013), «El lugar de la traducción en los proyectos editoriales argentinos entre 1850-1890», en Katja Carrillo Zeiter, Monika Wehrheim (eds.), *Literatura de la independencia, independencia de la literatura*, Madrid, Iberoamericana, pp. 45-66.
- PASTORMERLO, Sergio (2006), «1880-1899: El surgimiento de un mercado editorial», en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en la Argentina, (1880-2000)*, Buenos Aires, FCE, 2006, pp. 1-28.
- PASTORMERLO, Sergio (2009), *Payró en Pago Chico 1887-1892: periodismo, revolución y literatura*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- PAYRÓ, Roberto (1902), *Emilio Zola*, Buenos Aires, Centro Socialista de Estudios.
- PIERINI, Margarita (2004), *La Novela semanal (Buenos Aires, 1917-1927): un proyecto editorial para la ciudad moderna*, Madrid, CSIC, 2004.
- PIERINI, Margarita (2006), *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1926): un fenómeno editorial y sus proyecciones en la cultura de masas*, Tesis de doctorado, México, UNAM.
- PRIETO, Adolfo (1988), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana.
- QUESADA, Ernesto (1904), *La propiedad intelectual en el derecho argentino*, Buenos Aires, Librería Menéndez.
- RODRÍGUEZ GIAVARINI, Florencia (2018), *Modernidad in octavo para una Argentina lectora. Aspectos materiales y visuales de la Colección Biblioteca La Nación (1901-1920)*, Tesis de maestría, IDAES, Universidad de San Martín.
- RIVERA, Jorge (1985), «La forja del escritor profesional (1900-1930)», *Capítulo 3. Cuadernos de literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL.

- ROGERS, Geraldine (2010), «Émile Zola en los textos porteños de Rubén Darío: una autoimagen de los escritores modernos en la Argentina finisecular», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 39, pp. 173-189.
- SALTO, Graciela (2006), «El efecto naturalista», en Alfredo Rubione (ed.), *La crisis de las formas. Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, pp. 129-149.
- SARLO, Beatriz (1985), *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos.
- SCHLICKERS, Sabine (2003), *El lado oscuro de la modernización: Estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*, Madrid, Vervuert.
- SCHVARTZMAN, Julio (2013), *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- SEVERINO, Jorge Enrique (1996), «Biblioteca de *La Nación* (1901-1920). (Los anaqueles del pueblo)», *Boletín. Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, 1, pp. 57-94.
- SULEIMAN, Susan (2018), *Le Roman à thèse ou l'autorité fictive*, Paris, Garnier.
- SURIANO, Juan (2000), «Una aproximación a la definición de la *cuestión social* en la Argentina», en Juan Suriano (comp.), *La cuestión social en Argentina (1870-1943)*, Buenos Aires, La colmena, pp. 1-29.
- TERÁN, Oscar (2000), *Vida Intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, FCE.
- VÁZQUEZ, Ana Eugenia (2020), «Puntos de partida para la literatura nacional: libros europeos, folletines franceses y gabinetes de lectura», *Boletín del posgrado en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella*. (En prensa).
- VIÑAS, David (1964), *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- WILLSON, Patricia (2006), «La traducción entre siglos: un proyecto nacional», en Noé Jitrik director, Alfredo Rubione, editor, *Historia crítica de la Literatura Argentina. Volumen 5: La crisis de las formas*, Buenos Aires, Planeta, pp. 232-252.
- WILLSON, Patricia (2007), «Traductores en el siglo», *Punto de vista*, 87, pp. 19-26.
- WILLSON, Patricia (2008), «El fin de una época: letrados-traductores en la primera colección de literatura traducida del siglo xx en la Argentina», *TRANS: Revista de Traductología*, 12, pp. 29-42.
- ZIMMERMANN, Eduardo (1995), *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana.
- ZOLA, Émile (1880a), *Le roman expérimental*, Paris, Charpentier.
- ZOLA, Émile (1880b), «De la moralité dans la littérature», en *Documents littéraires. Études et portraits*, Paris, Fasquelle [1926].

